

TRES INSTANCIAS DEL ACTO CRITICO: VERIFICAR, CONCEBIR Y TRANSPONER

Horacio Juan
Safons (*)

1. El acto crítico se sustenta, a mi criterio, en tres instancias: la verificación o reconocimiento, la concepción o sentido y la transposición o testimonio; tres instancias que, consecuentemente, requieren del crítico la facultad de verificar, la facultad de concebir y la facultad de transponer. Para verificar, el crítico debe ser objetivo; para concebir el crítico debe ser coadyuvante; y para transponer el crítico debe ser.

2. Los dos términos que uso para la primera instancia, verificación o reconocimiento, son sin duda insuficientes, quizás el más ajustado sea el de verificación, toda vez que reconocer indica un conocimiento anterior del objeto, lo que es más grave, la posible existencia de un preconceito, de una motivación a priori; en cambio, el término verificar se conjuga mejor con el acto de examinar la verdad (en el sentido de presencia de una cosa). Sin embargo, no me atrevo a excluir de esta instancia el término reconocimiento, en tanto todos nuestros actos se apoyan en la experiencia. Por eso, en la medida en que no se formular un término capaz de acoger rigurosamente la necesidad con la realidad, utilizo ambos con las salvedades antedichas.

3. La verificación o reconocimiento debe ser una instancia eminentemente objetiva. Constata la presencia física del objeto en cuanto tal, sin entrar a indagar su sentido; y digo que debe ser y no que es, porque la tendencia general del acto crítico, aún en esta primera y elemental instancia es la de formular un juicio de valor sui generis, porque sólo verifica o reconoce lo que le es afín, lo demás (que suele ser un campo inconmensurable), se rechaza a priori.

4. Se trata entonces de verificar las cosas concretas que integran el objeto: los materiales y su disposición, sin proyectarles nuestros contenidos emocionales o la

confusión que aporta una falta de método; para precisar, una madera de determinado grosor y textura, puede ser, además de madera con tal grosor y tal textura, madera de un cajón de frutas o madera de un cajón de muerto y así, simplemente, se registra, se verifica; pero esa madera de tal grosor y tal textura, de cajón de frutas o de cajón de muerto no puede ser indagada sobre su sentido en esta instancia, porque primero debe dejarse estar sencillamente como es, para poder luego dirigirnos a su manera de ser en obra. El dejar que la cosa esté, así, efectivamente diferenciada, ante nuestra actitud objetiva, promueve el apoyo realmente sólido para las instancias posteriores, toma cuerpo, se separa para poder reintegrarse en su exacta cuota de existencia significativa u operante.

5. Si la verificación o reconocimiento debe ser una instancia eminentemente objetiva en el sentido precedentemente expuesto, la siguiente ha de tener la flexibilidad y el rigor necesarios para conservar el objeto como tal y a la vez, para concebirlo como algo más que un ente meramente físico, ya que la obra de que se trata no reside exclusivamente en lo físico de la cosa y por tanto, si bien está físicamente terminada, no está realmente realizada allí en lo físico; lo físico es parte del fenómeno, lo supone pero no lo agota.

¿Qué es entonces lo que indaga el crítico en esta instancia?

(*) El presente trabajo, integra los temas de las sesiones de estudio que se realizan en el Aula Villalobos del Instituto Torcuato Di Tella, organizadas por la Asociación Argentina de Críticos de Arte. Son relatores: Jorge López Anaya "Crítica y Lenguaje"; Abraham Haber "Una interpretación simbólica del Arte"; Osvaldo López Chuhurra "Arte, crítica y público"; Fermín Fevre "Existe un vacío de vanguardia en la plástica argentina?"; J. A. García Martínez "Paleocrítica y nueva crítica" y el autor presente. Asimismo, integran las sesiones el siguiente panel de conferencias: Jorge Romero Brest; Basilio Uribe; Aldo Pellegrini, y Ernesto B. Rodríguez, sobre el tema común "Cómo Concibo la Crítica de Arte".

No es una cosa, no es un mero objeto, sino es un acto. El crítico indaga la instauración de un ser en el mundo, la aparición de una obra existiendo. El hecho de indagar desde este punto de vista, pone en marcha un proceso de comunicación entre la *experiencia acogedora* del crítico y la *experiencia emisora* de la obra artística, y si bien digo que uno acoge y la otra emite, también digo "proceso de comunicación" (o de realización, que para mí es lo mismo), con lo que trato de advertir que el fenómeno no se presenta como dos compartimentos estancos, que la facultad de acoger y la facultad de emitir, llevan en sí, el término opuesto o mejor, complementario, se acoge porque se es capaz de transmitir y se transmite porque se es capaz de acoger, únicas características que permiten que la acción del crítico sea coadyuvante de la intencionalidad operante de la obra y se supere la dualidad objeto-sujeto, sin anularlos.

6. Si en la primera instancia se ha sido capaz de dejar que la cosa esté físicamente, en la segunda debemos ser capaces de permitir que la cosa se manifieste en su manera de ser obra, debemos ser capaces de dejarla devenir, porque si como dije, la obra no está realmente realizada en lo físico: ¿dónde se rea-liza real-mente? Digo, con Romero Brest, que en rigor de verdad, la obra artística no se rea-liza en nada, ya que está realizándose permanentemente en el mundo de lo imaginario. La obra es un *todo expectante*, por decirlo así, o sea, una suerte de enlace con el Tiempo o en el Tiempo y un rechazo de la Conclusión. *La obra es deviniendo en el Tiempo* (pasado viene, presente está, futuro va) y su esencia es la verdad de ser, de acceder a lo real, trascendiendo lo conocido.

7. Y bien, si lo que indaga es esto ¿de qué manera debe indagar el crítico para no perder el ser en obra? En primer lugar, debe indagar tratando de no sujetar el mundo de las formas, el mundo del ser, o los conceptos meramente racionales; debe indagar poniendo en estado de alerta a su experiencia, para que pueda aprehender lo imprevisto, lo contradictorio, lo paradójico, lo expectante. El crítico en esta instancia, es como una comadrona que ayude a dar a luz al ser, persiguiéndolo en sus rutas secretas, en sus abismos insondables, en sus espacios infinitos; persecución que debe hacer aflorar la obra confirmándose y sorprendiéndose de sus mismos resultados, tal como confirma y sorprende el acto de nacer; persecución que, ha de saber admitir el extravío para poder disfrutar del reencuentro, saborear el misterio, para poder revelarlo, enfren- tar los opuestos, para emerger con una síntesis esclarecedora.

8. El acto de concebir pone en vigencia un proceso de sístole y diástole, que toma y deja a la obra sin alterar su libertad para no desvirtuarla y que pone al crítico en situación de demiurgo, de catalizador del proceso de rea-lización del ser en obra. Para concebir lo que se instaura en el mundo como obra, no debe detenerse el crítico en las asociaciones, en las ideas, en los gustos, en los valores, en los sentimientos o en los dioses, ha de adentrarse en la realidad de la actitud, en la realidad de la manera como se instaura el ser en obra. Ha de ser capaz de acogerlo como deviene, de descubrirlo sin profanarlo, de hacerlo florecer en su esencia de realidad. La instancia requiere entonces, algo más que conocimientos, diría yo, que fundamentalmente requiere desprendimientos; desprendimientos del yo, para poder ser con la obra una suerte de energía unívoca; desprendimientos de los límites, sean económicos, sociales o estéticos; desprendimiento de la geografía para adentrarse en escala cósmica.

9. Supuesto entonces que se haya podido ser objetivo y que se haya podido ser coadyuvante (¿para qué? para poner en estado de ser al crítico), el acto crítico retornará por sus fueros, o mejor dicho, irá a la conquista de sus fueros, como acto independiente de la obra: comenzará a transponer; pero, si transpone ¿no depende para el acto de aquello que está transponiendo? De lo que está transponiendo sí, pero de la obra no. De lo que transpone sí, porque no transpone la obra artística, sino lo que le ha acontecido a su experiencia a través de esa obra; y de la obra no, porque así como está no depende del material en que es obra, en que se hace ser, el acto crítico no depende del material o de la forma en que se ha ejercido, en que se ha hecho experiencia, en que a su vez se ha hecho él mismo obra.

10. Al transponer lo que le ha acontecido, el acto crítico *vuelca* el ser deviniendo fenoménicamente a una constante temporal que permite estar en el proceso de la creación sin enajenarse del mundo. Es como una suerte de ajuste entre la escala cósmica del acto creador y la aserción a nivel planetario de ese mismo acto. ¿Y cómo transpone el crítico? Con el lenguaje, pero con el lenguaje capaz de crear su propia realidad y su propio fundamento. No es un lenguaje que depende de, es un lenguaje que se hace en, en la experiencia vivida por el crítico. Un lenguaje que no ha de transferir órdenes, en tanto se ha gestado en la intimidad de las estructuras; que no ha de transmitir causas, en tanto proviene de un acto de instauración compartido y no de una mera relación objeto-sujeto; y que no ha de proponer finalidades, en tanto su existir, el estar existiendo, es lo que lo hace ser como a la obra artística. ♦